

China: el peligro amarillo

POCA atención se ha prestado hasta ahora a las transformaciones sobrevenidas en el Extremo Oriente a causa de la ruptura del sistema bipolar de la guerra fría, durante la cual toda la región estuvo presionada por el juego de fuerzas contrapuestas de la URSS y los EE.UU.

De todos estos fenómenos que ahora se nos aparecen como nuevos, el más importante de cara al siglo XXI es, por su magnitud, el de la población de China, que acaba de llegar a la asombrosa cifra de 1.200 millones de seres humanos. Creemos que vale la pena salir de nuestra pequeñez (y en los tiempos recientes, también de nuestra mezquina imagen y problemas), para considerar que el mundo del siglo XXI va a tener poco en cuenta nuestra decreciente población de apenas 40 millones de españoles, y si en cambio va a sentirse preocupado por el comportamiento social, económico y humano de ese tercio de la población mundial, cuyas fluctuaciones se habrán de sentir como terremotos más o menos cercanos, en el resto del planeta. Un mero dato, hoy por hoy sólo teórico: si en China circularan automóviles en número análogo al de los países occidentales, no quedaría en toda la tierra petróleo suficiente para tal consumo global.

A comienzos de siglo se extendió por Occidente el concepto y se acuñó la locución amenazante de «el peligro amarillo».

Contribuían a esta desconfianza occidental el activismo nacionalista japonés —que pocos años más tarde se haría evidente tras el ataque a Pearl Harbor— y las inquietudes de aquella enorme China xenófoba de 500 millones, en vías de transformación hacia una conflictiva república en una cadena de guerras civiles. El paso del tiempo demostró que si existía peligro éste era limitado y contrarrestable. Hoy, cien años después, se vuelven a repetir circunstancias parecidas en cuanto a las palpitaciones del gigante chino. Como entonces,

China evoluciona hacia un sistema más abierto que el comunista y hacia una riqueza creciente. Como entonces, los problemas demográficos asustan por su dimensión (en el transcurso de un siglo se ha más que duplicado la ingente población), y también como entonces, las nuevas relaciones internacionales obligan a contar, para bien o para mal, en el banquete planetario, con una tercera parte más de obligados comensales.

CUANDO un cristiano piensa en la actitud de su prójimo, no debería comenzar por atrincherarse en la posibilidad de peligro o de concurrencia que el tal prójimo representa. El problema que China tiene es básicamente su propio problema. El peligro amarillo es sobre todo **peligro para China**, antes de poder serlo para el resto de los países. Y éste es el que nos debe preocupar como nos preocupa el de todo el mundo subdesarrollado o aquel donde más seres humanos se ven afectados.

Si difícil era alimentar a 500 millones de chinos en 1900, está siendo mucho más difícil alimentar, vestir e introducir en la modernidad a 1.200 desde la instrucción primaria a la informática, desde la agricultura a los servicios pasando por la industria, desde la horca y cuchillo del mandarinato a la adquisición del concepto de verdadera democracia, desde la desconfianza hacia el extranjero hasta el cumplimiento respetuoso de las reglas de funcionamiento internacional.

Son muchos los millones de hombres que en China tienen que avanzar por la vida desde una renta inferior a la media oficial de 450\$ (en 1983 esta renta era de 290\$). Pero este

progreso numérico de la renta, de efectos perceptibles en grandes ciudades, no puede ocultar el bajísimo umbral de pobreza en que el inmenso país vive. Sin embargo, desde hace muy pocos años, una nueva dinámica ha comenzado a moverle en el sentido de la liberación económica, que actúa como palanca social eficazísima. Para las grandes masas, esta nueva dinámica ha supuesto la apertura de un nuevo horizonte de supervivencia: la emigración hacia las grandes ciudades. El fenómeno nos es muy conocido en todos sus términos. Lo que le caracteriza en el marco de China es, naturalmente, su magnitud, que crea impensados problemas, así como el deprimido nivel en que permanece la nueva colectividad suburbana, con las secuelas de criminalidad y falsa modernidad, entre otras.

POR no dar sino algunas pistas para la comprensión de este fenómeno, hay que hacer notar que la población sigue aumentando a razón de unos 14 millones cada año, y que se supone que la saturación sólo llegará cuando, a mediados del próximo siglo, China alcance la cifra de 1.600 millones. Entretanto, el problema de la alimentación sigue siendo el básico y prioritario. Ya se ha hecho internacionalmente la pregunta: ¿Quién alimentará a China? Esta observación pesimista se entrelaza con otra más positiva. La renta media de los chinos está creciendo a razón del 12 por 100 anual desde el pasado año 1994 y en los tres últimos ha aumentado un global del 40 por 100.

¡Maravilloso...!, si este crecimiento no arrastrara, precisamente en razón de su gigantesca magnitud, un racimo de problemas nuevos. Con la nueva renta, son muchos los habitantes que han podido mejorar su dieta incluyendo en ella algo de carne, pescado y huevos. Pero para que se obtenga la cantidad requerida de huevos, por ejemplo, es preciso aumentar en muchos miles de toneladas el grano que se destina a alimentar gallinas. Para obtener cosechas de este grano, hay que aumentar la superficie cultivable que, contra lo que pudiera suponerse, es en China mucho menos que ilimitada. No solamente no aumenta, sino que, por causa de la ocupación industrial (un millón de nuevas factorías,

almacenes y carreteras, etc.), el espacio cultivable está disminuyendo a razón de un 1 por 100 anual (de 90.8 mill./ha., en 1990, a 87.4 en 1994).

Entretanto, los regadíos aumentan sin modernizarse, los acuíferos se agotan, unas 300 ciudades padecen escasez de agua potable. Un portavoz de la Academia de Ciencias ha advertido ya que si la industrialización continúa a este ritmo habrá que importar mayores cantidades de trigo (ya son 200 millones de Tm los que se compran fuera, la mitad de ellos en los EE.UU) y que pronto toda la producción americana será insuficiente para abastecer el mercado chino.

Al llegar aquí el problema de China se convierte ya en problema universal. A partir de la situación china la alarma está empezando a cundir. Se sugiere el aumento de la investigación agrícola, que pueda dar frutos mayores que los actuales, se insta a elevar el precio del agua para forzar su ahorro y medidas drásticas absolutamente planetarias que se deben adoptar para disminuir todo lo posible la erosión causada por diversos agentes en los suelos cultivables.

No sólo de pan vive el hombre

SI la única cuestión que plantea el pueblo chino a la humanidad fuera el hambre, es posible que los mecanismos de solidaridad, aunque tardíos, acabaran por llegar. Pero es que toda esta fermentación humana que aparece en China con ocasión de su relativa apertura y liberalización está destapando aspectos de otra índole. El más llamativo quizá sea el crimen. El crimen nacido del dinero nuevo, en unos casos. En otros, el crimen del que los míseros suburbios son el principal caldo de cultivo. Y las mafias y «gangs» de todo tipo.

La prensa oficial está llena de historias de «crimen y castigo» relacionadas con la corrupción económica y finalizadas con frecuencia mediante el tiro (legal) en la nuca. Según Amnistía Internacional, fueron condenadas y ejecutadas a lo largo del pasado invierno unas 2.500 personas acusadas de corrupción

en diversos grados. Más de 20.000 casos de malversación de fondos se contabilizaron en los primeros seis meses de 1994 (un 81 por 100 más que en el mismo período del año anterior), según testimonio del fiscal general ayudante. Del conjunto de 763.906 delitos de corrupción tratados, un 45 por 100 pertenecen al denominado «crimen económico» o financiero. Con un promedio de 1.160\$ de botín en un país donde la media de ingresos mensuales no supera los 30\$, esta plaga de la China moderna amenaza con dar al traste de las reformas económicas y producir un retroceso de enormes consecuencias.

Pese a contener elementos que se repiten en todos los países en épocas en las que los estímulos del dinero son especialmente agudos, se preguntan los analistas de la cerrada sociedad comunista china por qué se ha desatado la plaga de la corrupción de forma tan virulenta. Y se encuentra una respuesta sorprendente. En cualquier otro lugar y a pesar del mal ejemplo que los delitos financieros suponen para los estratos sociales modestos, la reacción social suele ser de rechazo por la falta de conciencia moral que delatan en los delincuentes —como lo vemos entre nosotros—. En China, sin embargo, el escrúpulo moral no inquieta en absoluto. Por el contrario, el puro pragmatismo de las leyes penales facilita el deseo generalizado de no quedarse fuera de la participación en la riqueza común.

Esta especial psicología oriental, de la que también el Japón, aunque más disciplinado, es poseedor, mantiene a las demás naciones que firmaron la Organización Mundial de Comercio (WTO), y de forma especial a los EE.UU., en una actitud de recelosa espera antes de admitir a China en su seno. ¿Puede ser de otra manera? ¿Debe ser de otra manera?

¿Qué peso tiene el Partido?

NO es fácil dar una respuesta clara. En los países en los que los partidos comunistas han dominado durante tanto tiempo hay que hacerse la pregunta de por qué los pueblos lo han permitido sin resistencia

apreciable salvo en algunas ocasiones. En China, esta acomodación pasiva ha sido y es especialmente fuerte. No sólo a causa de la osadía (y la crueldad) de la oligarquía comunista, sino porque la conciencia del pueblo está históricamente transida, como lo estaba en Rusia, del autoritarismo cruel como forma inevitable de la vida.

***EN** estos momentos en los que Deng Siao-Ping se extingue lentamente, los altos jerarcas se preparan para la dura lucha por el poder. Pero ni se habla ni siquiera se piensa en la abolición del partido como vertebración política de la nación. Deng ha tenido el mérito de impulsar el desarrollo económico (con las limitaciones arriba indicadas), frenando las reformas políticas hacia una democracia. A medio y largo plazo es obvio que esta separación no se puede mantener. Pero por el momento, la vida de la población no va a experimentar otros cambios que los arriba indicados, a menos que un estallido espartaquista ponga el orden social boca abajo y surja el líder de una nueva dictadura personal.*